

Minicrónicas de listón

EVE GIL

Mujer estufa. Mujer escoba. Mujer plancha. Mujer armario. “Hembra-domésticos” ¿Y tú, quien eres?, la respuesta de Lina Zerón dejará helados a más de dos: Mujer libro. ¿Es que acaso una Mujer libro tiene alguna utilidad en esa realidad paralela que tan contenta se aferra a la pomposamente llamada posmodernidad, donde las mujeres siguen siendo “lavadoras de dos patas” para un Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos? ¿Qué futuro le espera a una Mujer Libro en una sociedad donde la enseñanza multimedia pretende desplazar al hábito de la lectura, hasta en las escuelitas carentes de energía eléctrica? Mucha pantalla y pocas nueces, diría el inmenso bardo. La Mujer libro que es Lina Zerón se le impone enérgica a quienes insisten en vernos a las mujeres como estufas, planchas, escoba... o computadoras (supongo que así nos ven a las escritoras) y deja fluir libremente su ironía nata, presente aunque discreta en su poesía, que se caracteriza entre otras cosas por ese elemento poco concurrido por los poetas. El cuento al que aludo titulado “Marido y mujer”, incluido en *Minicrónicas de listón y otros cuentos*, de Lina Zerón, es una sátira del mundo que ingenuamente creímos dejar atrás y sin embargo aflora nostálgico en discursos políticos, obispaes y de fanáticos antiabortistas: “(...) una mujer nace el día de su boda y muere cuando muere el marido: todo lo demás es para la vida o prepararse para la muerte (...)” (p. 86)

Con *Minicrónicas de listón y otros cuentos*, Lina incursiona de lleno y con artillería pesada en el género narrativo, aunque abre con una serie de relatos tan breves que son casi aforismos (y ella llama mini-crónicas) y recuerdan a su poesía, que mucho tiene de narrativa y de aforística. Es este libro sorprendente, sorprendente en especial para quienes estamos familiarizados con la Lina versificadora, una de las y los poetas mexicanas vivos y vivas más traducidas (rumano, húngaro y árabe son algunos de los idiomas en que se le reconoce), lo que no necesariamente significa que sea de las más reconocidas por la oficialidad que es la que pretende definir/ decidir nuestras preferencias estéticas. Lina ha podido darse el envidiable lujo, envidiable hasta para los niños mimados del establishment, de vivir de su trabajo reconocido en el extranjero. Otra de las cosas que la distingue es su nulo resquemor a palabras como menopausia, amor, enamoramiento, pasión, deleite, dolor, cocina, boda que muchos consideran indignas del lenguaje de una poeta posmoderna y posfeminista (pos-qué), eternamente temerosas de que sus colegas varones se enteren de que menstrúan o ya no menstrúan. Aunque la mayoría de las veces las emplee con malicia y algo, o mucho, de encantadora perversidad.

Se nos revela una narradora que posee las virtudes definitorias de su poesía: un deseo espontáneo de hacer literatura sin autoimposiciones absurdas como, por ejemplo, renovar el lenguaje o sentar precedentes (la mejor literatura, la mayor parte al menos, es fruto del irrefrenable impulso de escribir por amor a la palabra más que al lector o a uno mismo... y en

la espontaneidad sientan su precedente las auténticas revoluciones estéticas); talento para reelaborar irónicamente los clichés y las convenciones sociales y crear atmósferas depresivas y angustiosas, como sería el caso del cuento que cierra el volumen, “Del color de las piedras”, donde se advierte la madurez narrativa de quien produce estados de ánimo en el lector a través de una misma protagonista que igual experimenta terribles torturas que intenso erotismo. Lina se sirve de muy diversos escenarios, desde playas hasta cementerios, pasando por el consultorio de una dentista fanática de Maná, un quirófano, el Club Tropicana de La Habana y un París sombrío donde lo mismo da conga que rumba, amalgamados estos en otro sobresaliente cuento, “Enferma de mar”, cuya intrínseca moraleja, de tenerla, claro, podría ser: “siempre estaremos necesitando algo, y necesitar es básico para sobrevivir”. Aunque generalmente se enfoca en la problemática de la opresión de la mujer desde diversos talantes que van del humor a la tragedia, hasta la poética de dos amigas cuya amistad se haya enraizada en un ficus que hay que cortar para que la modernidad pase, se sirve asimismo de verosímiles protagonistas varones que enfrentan conflictos universales. Su cuento “Palabras exactas” es, a un tiempo, crítica y homenaje a cierta clase de escritor que, acaso en nombre de la escritura, pierde la noción de que quienes lo rodean son tan humanos y humanas como sus personajes. Asimismo plantea un duelo temporal entre un escritor viejo y sin ideas y la versión joven de sí mismo que le enseña la lección que asimilará acaso demasiado tarde. Estas hermosas líneas denotan conciencia sobre el arte literario, inevitablemente aunado a la angustia existencial de la propia

autora: “(...) a nadie le debe importar que un estúpido viejo se volvió loco y vaga por los días tratando de escribir mejor, de superar la obra anterior, de conocerse todavía, de no recurrir a los lugares conocidos o ser cursi o demasiado romántico, de dar una palabra diferente, una frase que mueva la montaña de literatura, una señal que diga que ya es hora de moverse y que mañana será tarde y, lo siento, no soy convencional y escribo de lo que quiero, de lo que no quiero mientras oigo cantar a Pavarotti y otra vez el tiempo cerrando el día y convirtiéndolo en apenas un polvo de actos repetidos(...)” (p. 73)

La variedad de registros en la prosa de Lina Zerón es digna de asombro y de alabanza, por mucho que suele aplaudirse el hallazgo del famoso estilo propio que a veces genera repeticiones o variantes de una misma historia hasta el hartazgo. Uno no sabe lo que le depara este librito, lo que le espera conforme va zambulléndose en su espuma; puede incluso dejarse seducir por la promesa de las primeras páginas de que todo serán frases ingeniosas y poéticas y más y más juegos de palabras, para comprobar más adelante que estamos ante una autora capaz de indagar en el dolor humano, aún en aquél del que es torturado y/o apuñalado por la espalda. Ingenuidad y malicia parecieran circunstancias opuestas una de otra, paradójales incluso, pero el largo oficio con la pluma le ha enseñado a Lina Zerón a cultivar la malicia necesaria para escudar su discurso feminista en una ingenuidad y candor que rebasa la mera ironía y crea el demoledor efecto de una bala expansiva en la conciencia. ■

Minicrónicas de listón y otros cuentos. Lina Zerón. Colección Nuevas Crónicas. Editorial Nido de Cuervos. Lima, Perú, 2007.

